

genes! Tienden acá y acullá los árboles sus ramas; una que otra quinta blanquea en la espesura; murmulla bajo el follage el agua; suspira el aura entre las flores; gorgea el ruiseñor, canta la naturaleza entera las glorias del Eterno. Desliza el Genil su cristalina corriente por entre verdes álamos; y despues de rugir entre las ruedas de molinos situados alegremente en las faldas de S. Cecilio, corre bajo un hermoso puente que brota de entre la vegetacion mas rica y caprichosa. Adornan las orillas de este rio paseos, fuentes, huertas y jardines: ¡ah! á la vista de tan deliciosos cuadros, en medio de tanta frondosidad, bajo tanta frescura, serénase el espíritu, depúrase el corazon, gozan hasta llegar á estasiarse los sentidos. Diríjese el viajero á la Alhambra, y no ve á su alrededor mas que inmensas alamedas cuya profundidad en vano querrán medir sus ojos; penetra en el Generalife, y apenas se atreve á separarse del pié de aquellos laureles gigantescos, sobre cuyas cúspides sacudieron su manto de nieblas mas de cinco siglos. Presenta Sierra Nevada mil accidentes á cual mas pintorescos: gózase al ver reflejados en ella los primeros rayos del sol de uno de los más sorprendentes espectáculos. Brilla y deslumbra cuando la hiere esta primera luz de la mañana; toma luego los caprichosos y variados colores del caleidoscopio.

No son menos interesantes las vistas que el conjunto de la ciudad ofrece. Si se la contempla desde la campiña, se la ve salir de entre sus viejos muros como una granada de entre su corteza oscura: la Alhambra le sirve de corona, la Sierra le presta sus brillantes fondos, las Torres Bermejas y el Monte Sacro templan al uno y al otro lado la monotonía de sus líneas y acaban de completar el cuadro. Brotan por todas partes el álamo, el ciprés y la palmera; álzanse acá y acullá sobre los árboles las torres de sus templos. Dóranla desigualmente los últimos rayos del sol, y todo es entonces bello y poético, todo convida á pensar, todo convida á meditar sobre su historia. No existe ya la corte de los árabes; pero se la ve aun con los ojos de la imaginacion, se cree aun distinguir en ella á la vaga luz del crepúsculo las sombras de los héroes que la dieron un trono y las de los reyes que la entregaron pálida y ensangrentada en manos de sus enemigos. Bella, bellísima es todavía la ciudad de Granada. Hay al fin de ella, allá á la márgen del Darro, una cuesta poblada de arboleada que conduce á una fuente cuyas aguas cristalinas mezclan

sus dulces murmullos con los de las brisas perfumadas por frondosas selvas. Pintoresco y delicioso es el camino abierto sobre las mismas angosturas de aquel río; mas no es el camino, sino la perspectiva que desde allí se descubre lo que enagena el alma y arroba los sentidos. Estiéndense á nuestros piés calles de altos y ligeros álamos cuyas copas, apenas penetradas por el sol, rebosan de armonía con los trinos y gorgoros de millares de aves. Crece á la derecha de estos árboles y á la otra parte del río que los baña sosegadamente, el áspero Albaycin coronado por los sombríos restos de la que fué Alcazaba; álzanse severas é imponentes á la izquierda las torres de la Alhambra; descúbrese en el fondo la ciudad, unida y compacta como los granos de la fruta que lleva su mismo nombre, la Vega mas allá, mas allá las sierras que tan lindamente destacan sus desiguales cumbrones sobre el azul del cielo. ¡Cuán bello contraste presentan desde aquí la Alhambra y la Alcazaba (*)! La primera levanta aun con orgullo su diadema de muros y torreones; la segunda está ya desmoronada, rota, solitaria, abandonada de los hombres, abandonada de Dios, abandonada hasta del viajero, que no puede menos de olvidarla ante los patios y salones de aquel suntuoso alcázar. Fueron por largo tiempo enemigas, y no parece sino que aquella fué la vencedora y esta la vencida. ¡Y venció, sin embargo, la Alcazaba! Ella fué la que amparó á Boabdil contra las iras de el Zagal, ella la que restableció en la frente de aquel rey la corona que habia de rodar mas tarde al campamento de Sta. Fé desde las murallas de la Alhambra.

Mas no olvidemos aun la ciudad para pensar en su historia. Granada parece tan bella como siempre al que la mira desde la cuesta de los Molinos. El peñon de la Alhambra se le presenta escarpado como nunca, y sus bien agrupadas torres parecen estar suspendidas sobre un abismo. Distinguese abajo la ciudad levantando al cielo las cúspides de sus álamos, las almenas de sus murallas y las coronas de sus torres. No hay otra ciudad como Granada: á cada paso que se da por sus calles, por sus cuevas, por las márgenes de sus rios, se ofrecen cuadros llenos de poesía, dignos todos de figurar en las primeras páginas del álbum de un artis-

(*) Véase la lámina Camino de la fuente del Avellano.

REINO DE GRANADA.



JUNTA DE ANDALUCIA

P.C. MONTAÑA
CONSEJO DE

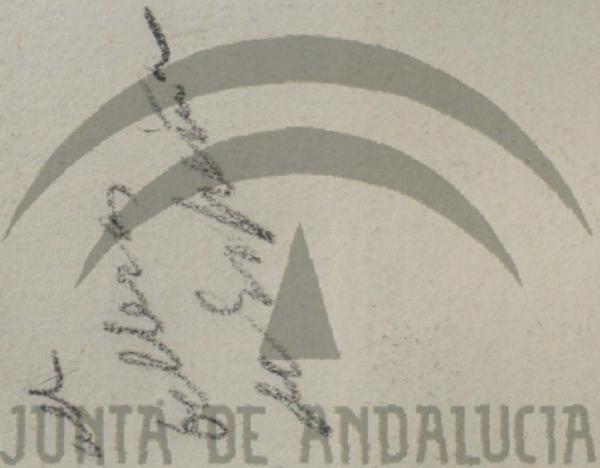


Dib. del nat. por G. de P.

LOS HORNAJOS,
(Camino del pico de la Veleta.)

BIBLIOTECA DE LA ALHAMBRA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA



JUNTA DE ANDALUCÍA

*Pa. Manuel de S. Alarcón
Pa. Manuel de S. Alarcón
Pa. Manuel de S. Alarcón*

ta (*). Elévase á la izquierda del Darro un monte santificado por las cenizas de los mártires, desde cuya raiz trepan por la falda espinosos nopales que siguen cubriendo las vertientes del Albaycin y la Alcazaba. Desde aquellos nopales llega uno á creer que la ciudad surge de las aguas del rio como la Venus de Apeles. Está encajonada entre dos alturas, y solo cuando se la sigue en toda su estension se la ve trepar por las colinas que le sirven de asiento. Allá en lo mas alto, en el fondo descuella su catedral; detras de la catedral solo las sierras levantan á mayor altura sus agudas cumbres (**). ¡Granada! ¡Granada! el tiempo podrá rasgar una á una las páginas de tu historia; la revolucion y la guerra podrán derribar tus alcázares; la impiedad podrá sepultar un dia tus templos entre sus escombros; mas ni la fuerza ni los siglos podrán llegar á destruir jamás la armonía que depuso en tu seno la naturaleza: solo el airado soplo de Dios podrá despojarte de ese inmenso tesoro de poesía.

Está Granada entre dos sierras, la Nevada y la de Elvira, viva y brillante antítesis que aumenta su interes y su belleza. La Sierra Nevada es alta, magestuosa, sublime; está erizada de cumbres, ceñida de hielos eternos, cortada por espantosos tajos y torrentes, poblada de bosques salvages cuya profundidad animan tan solo los gritos de las fieras, vestida de flores en verano, cubierta en lo mas alto de humildes plantas polares, sombreada en lo mas bajo por el naranjo y la palmera, cruzada de estrechas sendas abiertas entre precipicios, dotada de un carácter severo, sobre todo en los Hornajos, donde crecen las aguas de los lagos al pié de triples y cuádruples líneas de cerros dibujados constantemente sobre el fondo de montañas azuladas (***). La Sierra de Elvira es baja, monótona, oscura, sin una flor en verano, sin un copo de nieve en el invierno. En vano el labrador hince en ella la reja del arado; en vano derrama el cielo sobre ella el agua de sus nubes: sécase el agua y derrítese la nieve apenas tocan su superficie, abrasada incesantemente por el fuego de los volcanes. No tiene mas aguas que las de una espantosa caverna; y aun estas, lejos de presentar la frescura de las de otras

(*) Véase la lámina Cuesta de los Molinos.

(**) Véase la lámina Vista de la Alhambra desde los nopales del Monte Sacro.

(***) Véase la lámina.

sierras, parecen templadas por una hoguera oculta en el seno de tan misteriosos montes. Sus únicas flores son llamadas sulfúreas que despide en el silencio de la noche; sus cosechas, terremotos que hacen estremecer de vez en cuando la ciudad de las ciudades árabes y sus alrededores pintorescos. Es aquella sierra imágen de la vida, ésta imágen de la muerte; y Granada, que está entre las dos, verdadera imágen de la humanidad, condenada al parecer á no gozar del bien sin estar amenazada por los males que de continuo la rodean.

Es interesante Granada por su posición y su hermosura; mas no deja de serlo aun por sus monumentos, aunque ya desfigurados por las injurias del tiempo y el mal gusto de los restauradores. Descúbrese aun en todas partes la mano de los árabes, de ese pueblo de ardiente fantasía, que no contento con soñar aéreos palacios para sus monarcas, cubrieron de caprichosas labores los muros de sus casas y convirtieron en moradas de placer las viviendas que en la antigüedad solo estaban cercadas de tinieblas. El Albaycin, barrio fundado por los moros que venian huyendo de Baeza cuando estendió sobre ella su espada S. Fernando, lugar fragoso donde la independencia de Granada tuvo su último baluarte y el desventurado morisco su postrer asilo, cerro lleno en mejores días de vida y movimiento donde mas hicieron oír su voz las artes, aun hoy que está casi desierto, abandonado, cubierto acá y acullá de ruinas, ocupado en algunos puntos no ya por casas, sino por humildes chozas que crecen entre los nopales, aun hoy que cuenta cinco siglos de restauraciones y amputaciones, detiene á cada paso al viajero con restos, ya ennegrecidos por el humo del hogar, ya medio ocultos por la cal y el follage de los árboles, en que se ve reflejado no solo el gusto arquitectónico de aquel pueblo, sino tambien los placeres de que disfrutaba en el seno de la familia. En la calle de Yanguas, en la del Agua, en la de los Oidores, en S. Bartolomé, en la cuesta del Chapiz, descúbrese aun en el fondo de lóbregos portales patios llenos de luz con elegantes arcos árabes sostenidos por columnas de mármol, con pequeños estanques á que prestan sus aguas fuentes abiertas en las estremidades, con altas galerías de madera protegidas por magníficos aleros, con puertas de rica tracería cuyos ejes ruedan dentro de hermosas zapatas en que todavía chispea el oro con que las bañaron sus antiguos constructores. Adorna estos patios el verdor de la en-



Dibº del natº y litº por F. J. Parcerisa.

Figº por Zarza.

PUERTA MONAYCA.
(Granada.)

altas torres, al través de cuya espaciosa area se distinguen otras dos curvas de igual género, mucho mas bajas y ligeramente apuntadas en forma de ojiva (1); no hay mas que echar una ojeada al castillo de Biv-Taubin, junto á cuyas recias y almenadas torres levantó el siglo pasado uno de los monumentos mas bárbaros que pueden concebirse en un período de decadencia; no se refleja ya en esos restos la mano de un pueblo voluptuoso que necesita respirar un aire perfumado por las flores de sus patios y descansar en ricos divanes de oro y seda á la luz que derraman sobre sus salones las celosías de sus ajimeces; se ve sí reflejada la mano de un pueblo fuerte, guerrero, ardiente, que arrostra con serenidad el peligro, que crece con el calor de la batalla, que acepta por pasatiempo y fiesta los combates. Los árabes eran tan afeminados en la paz como feroces en la guerra; y está indudablemente retratado en sus monumentos ese doble aspecto de su carácter. ¿A no ser por la identidad de curvas empleadas en unos y otros edificios, ¿quién despues de haber visto esas puertas y murallas, solo notables por su solidez, atribuiria al mismo pueblo que las construyó casas como la de D. Emilio del Pulgar; palacio en otro tiempo de la hermosa Moraima y la orgullosa Aixa (2)?—Penétrase en ellas por un jardín que ocupa quizás el mismo lugar donde estuvieron las huertas mayor y menor de la Almanjarra, que se extendian al pié de la casa que aun existe y de otra de que no quedan ya ni ruinas. Hay en este jardín una larga calle de laureles, cuyos ramages enlazados constituyen una espesa bóveda, y al fin de ellas una sala ya muy restaurada en cuyos cuatro muros estan abiertos otros tantos arcos dentellados que dan paso á los cuartos interiores. Cúbrela una

(1) Junto á estos dos arcos se lee: *ad florentissimam totoque orbe nimis nominatam urbem granatensem Doctor Petrus de Antequera et Arteaga complutensis in eadem urbe prætor regius anno J. C. D. C. X. epigrama:*

Bella Granata, vale, multis decorata tropheis:	Bella Granata, vale, monachi cum tutè valetè,
O decus Hesperix, bella Granata, vale.	Doctoresque pii: bella Granata, vale.
Bella Granata, vale, doctorum luce coruscans,	Bella Granata, vale, florens vallisque senatus,
Moribus et castris, bella Granata, vale.	Hincque tui cives: bella Granata, vale.
Bella Granata, vale; valeat quoque curia regis	Bella Granata, vale, mari eque dona poetæ
Aurigerique duces: bella Granata, vale.	Perpetuoque mihi, bella Granata, vale.

(2) Estas casas, conocidas con el nombre de Cuarto Real, fueron cedidas por los Reyes Católicos al célebre Fr. Tomás de Torquemada, con el objeto de que fundase el próximo convento de Sto. Domingo. En 5 de abril de 1492 tomó posesion de ellas el P. Fr. Alonso de Velizo y se comenzó la obra.

rica techumbre de madera, labrada en forma de cúpula; animada con el murmullo de sus aguas una fuente abierta en medio de su pavimento de mármol; adórnala en la parte baja fajas de preciosos alicatados, y en la alta lindos ajimeces con caladas celosías; y no parece aun sino el albergue del placer á pesar de haber perdido en gran parte sus relieves de estuco y no conservar sus antiguos atauriques de hojas y flores sino en el intrados y enjutas de sus arcos, entre los cuales el de entrada ostenta toda su riqueza de dorados y colores. Es solo este cuarto el que han respetado los siglos; mas ¿no bastaria acaso él solo para hacer ver esa antítesis que observamos entre los monumentos militares y civiles de los árabes?

De sus monumentos religiosos apenas podemos formar idea por lo que existe en esta ciudad, donde desde los primeros tiempos de la conquista han sido derribadas sus mezquitas. Á las orillas del Genil, no lejos de un puente que conduce á la carrera del mismo nombre, hay una pequeña ermita consagrada á S. Sebastian, donde es fama que doblaron los Reyes la rodilla para dar gracias á Dios apenas vieron flotar sus pendones en lo alto de la Vela. Añádese que junto á su puerta fué recibido Boabdil por el rey Fernando: recuerdos todos que le han dado y le dan cierta importancia no solo á los ojos de los granadinos, sino tambien á los de los viajeros. Tiene por puerta un sencillo arco de herradura, por nave una pequeña superficie cortada en forma de un octógono, por techo una bóveda con aristas entrelazadas figurando una elegante estrella; mas aunque todo revele en ella su origen árabe y su primitivo destino de mezquita, ¿basta acaso para dar idea del modo como aquellos devotos musulmanes construían y decoraban los monumentos destinados al culto del Profeta?

En el recinto de la ciudad no solo no quedan ya vestigios de templos árabes, no los hay ya ni de sus antiguos panteones. Existe en una calle oscura una casa llamada de las Tumbas, cuyo nombre parece indicar que ha sido en algun tiempo cementerio; mas no fué, segun lo que permiten juzgar sus restos, sino otra casa de baños, cuyo estanque está cubierto por una hermosa cúpula, debajo de la cual se distinguen algunos arcos de herradura sostenidos por columnas de mármol. Eran indudablemente estos baños mas suntuosos que los de las orillas del Darro: recibian luz por unas estrellas abiertas

en unas cúpulas esféricas que cortan aun hoy las robustas bóvedas de la galería, y es tradicion que al mediodia tenian vistas á un jardin poblado de olorosas flores, entre las cuales brotaban de ligeras copas de mármol aguas frescas y puras que bajaban de las vecinas sierras. Los capiteles de sus columnas estan adornados de una doble linea de hojas como los corintios, sus arcos son ligeros y elegantes, tan difíciles como bellas su cúpula y sus bóvedas, dignos de atencion todos sus detalles; mas es á la verdad sensible deber reconocer otros baños donde cree uno ir á descubrir solo sepulcros. Cuando un pueblo ha desaparecido de la superficie de un pais en que se agitó durante siglos, se desea tanto encontrar monumentos donde se pueda apreciar sus costumbres y seguirle en todas las faces de su existencia, que el historiador y el artista experimentan en sí un verdadero vacío, si esperando hallar ruinas que podian reflejarles algunas prácticas de aquellas generaciones, tal vez poco conocidas ó del todo ignoradas, dan solo con algunos restos en que estan consignados los usos mas sabidos por la tradicion ó por la historia.

Mas ¿tenemos derecho para abrigar ese sentimiento cuando no hemos penetrado aun en la Alhambra, en ese alcázar de los reyes nazaritas donde cabe apreciar la voluptuosa elegancia que edificaron los árabes sus casas, la riqueza y magestad de que revistieron sus mezquitas, la augusta sencillez con que levantaron los cuartos en que debia ser recibido y lavado el cadáver de sus reyes? ¿cuando no hemos pisado aun ese palacio en que cada piedra es una leyenda y cada patio y cada cámara una leccion para la historia del arte? Es obra de El-Hamar, del fundador del trono de Granada; es la corona de piedra en que incrustó cada rey uno de sus tesoros; es el libro en que procuraron todos consignar su gloria. Creció de siglo en siglo, y todos los dias fué aumentando en esplendor: cuando estuvo cubierta de oro y de colores, ciñó de jardines sus brillantes salas, de huertas sus murallas, de bosques las vertientes del cerro en que está sentada, de halagüeñas perspectivas sus encantados miradores; y era ya á la caida de sus reyes la diadema de Granada, la reina de los palacios, la joya mas preciada de la arquitectura del Oriente. Llegó á cautivar hasta las miradas de sus vencedores, tanto que, aun despues de entregada á manos enemigas, recibia sin cesar alabanzas por su hermosura, y era no solo respetada, sino codiciada y querida.